

# *Sobre otro sueño paradigmático*

Por Ps. Sergio Ribaud -

## **Resumen**

El escrito aborda el problema del deseo y su realización en Freud, retomando aquello que Lacan aporta en el Seminario XI a la comprensión del mismo y a partir del sueño que aparece al comienzo del capítulo VII de la "Interpretación de los sueños". Como paradigma de paradigma de los llamados "sueños de displacer", podremos, también revisar su relación con el concepto clave de Pulsión

**Palabras claves:** Pulsion. Deseo. Sueños. Realizacion de deseo

# *About another paradigmatic dream*

## **Summary**

The paper addresses the problem of desire and its realization in Freud, taking up what Lacan contributes in Seminar XI to its understanding and from the dream that appears at the beginning of chapter VII of the "Interpretation of Dreams". As a paradigm of a paradigm of the so-called "dreams of displeasure", we can also review its relationship with the key concept of Drive

**Keywords:** Pulse. Desire. dreams. wish fulfillment

*...,porque la pesadilla es, ante todo, la sensación del horror.*

*J.L. Borges*

Tomaremos como punto de partida una pesadilla que Freud relata en su texto "La interpretación de los sueños".

De los sueños que trabaja en esa obra, el que aparece al comienzo del capítulo VII, llamado "del niño que se abrasa", resulta particularmente ejemplar para ilustrar el tema de la realización del deseo. Aunque el mismo no haya sido soñado por nadie referenciable y no conozcamos de su soñante nada más que aquello que nos cuenta Freud al relatarlo.

Aún más allá de que la interpretación freudiana no llegó a esclarecer todas sus aristas, este análisis nos muestra esa forma de trabajar de Freud tan honesta que Lacan comparará con el trabajo del buen arqueólogo, aquel que cuando encuentra algo que no puede explicar deja el hallazgo en su lugar hasta que otros descubrimientos ayuden a entenderlo.

---

Este sueño, ciertamente inquietante, no es como otros que aparecen en su libro, soñado por él ni por ninguno de sus pacientes. Se lo comenta alguien que estando en análisis con Freud, lo ha escuchado en una conferencia sobre el tema, movilizadora por el deseo de contradecir su tesis principal “el sueño es la realización de un deseo”. Llega así a nosotros como un sueño anónimo, de un tiempo indeterminado y de un soñante que podría ser cualquiera.

Por otra parte, el contenido manifiesto parece confirmar más la creencia en el poder premonitorio de los sueños que la tesis de la realización de deseos y la explicación que Freud nos da justificaría mejor su inclusión en el capítulo de los “sueños de comodidad” que en el de la “Psicología de los procesos oníricos” capítulo que abre y en el cual es retomado varias veces.

No obstante esto, Freud lo ubica allí casi como un enigma.

Recordemos que la situación en la que nuestro sueño se produce es la de un padre que cansado de haber velado a su hijo durante el día al llegar la noche se retira a descansar a una habitación contigua a la del féretro y deja a un anciano en su lugar. Al fin se duerme y llega el sueño: En él, el niño se acerca, lo toma del brazo y con una mirada llena de reproche le dice: -Padre, entonces, ¿no ves que me abraso?.

En ese instante, despierta, ve un fuerte resplandor que viene de la habitación de al lado y sin vacilar se dirige a ella para comprobar, con espanto, que el anciano que allí había dejado se ha dormido y que un cirio caído junto al cadáver del niño, está quemando la mortaja y parte de su brazo.

La interpretación que Freud da si bien es sencilla, también es incompleta. Y él mismo lo advierte en el texto. Dice que la elaboración fue posible por sumarse el deseo de dormir al de que el niño este vivo.

Así cuando ocurre el accidente (vela caída, incendio) el resplandor de las llamas sobre los párpados del durmiente crean la preocupación de que ocurra lo que efectivamente está pasando, pero el deseo de continuar el reposo y poder descansar se asocia al de que el niño no ha muerto creando un sueño que al mismo tiempo que prolonga el descanso de uno alarga la vida del otro.

Más allá de eso Freud no puede avanzar. La frase que pronuncia el niño no encaja en esta explicación, Freud lo advierte y sólo se limita a señalar que ella se debe componer de dichos realmente pronunciados en vida y enlazados de algún modo, con sucesos importantes para el padre. Plantea la conjetura de que la queja “me abraso” quizás fue pronunciada en medio de la fiebre mientras duro la enfermedad que causó la muerte. Por otra parte el reproche de no ver debe proceder de alguna oportunidad que si bien quedará sin esclarecer por las circunstancias en que este sueño llega a sus oídos, debió ser rica en afectos.

Lo más importante que aquí quedó sin develar es donde está el deseo inconciente que éste sueño realiza, ya que no podemos pensar que tenga algo de reprimible el afán de ver con vida otra vez al hijo que ese mismo día se ha estado velando. Tampoco es inconciente, el otro colaborador que señalamos en esta formación onírica, el deseo de dormir. Freud lo atribuía al Preconciente, lugar de retirada ésta instancia para ese deseo mientras dura el dormir y desde donde continúa una vigilancia relajada.

Por esto decíamos que hasta aquí el análisis no había descubierto al “socio capitalista”, como lo llamaba cuando se refería en forma metafórica al deseo inconciente. A pesar de ello Freud no duda en incluirlo en el capítulo final de “La interpretación de los sueños” para vincularlo de esta manera con los desarrollos más elaborados que despliega en este texto incomparable.

Volver sobre él nos permitirá ubicar una concepción del deseo inconciente y de qué debemos entender por “realización” que al no aparecer explicitada, ni con demasiada claridad en ningún lugar de su obra resulta problemática.

Adrede elijo el término concepción y no, “teoría del deseo” porque no parece que la reflexión de Freud sobre el deseo constituya una teoría, más bien surge una teoría del deseo en el Psicoanálisis recién a partir del retrabajo que hace Lacan sobre lo señalado por él.

Por otra parte los llamados sueños de displacer no son tomados como excepciones a la tesis general planteada del sueño como realización del deseo, sino que son perfectamente articuladas a ella en dos subespecies: los sueños de angustia y los punitivos. Los primeros producen ese malestar al ser insuficientemente desfigurados por la elaboración onírica, lo que hace que la conciencia reconozca la realización de un deseo abominado por el Yo del soñante y reaccione produciendo la angustia que producirá el despertar del soñante. En los llamados “punitivos” Yo del soñante habiendo reconocido la trasgresión de

realizar el deseo prohibido sustituye todas las imágenes placenteras del sueño por otras en las que se realiza el castigo por haber incurrido en esa trasgresión.

Falta dos décadas para Freud agregue a esta lista la única excepción a su tesis de la realización del deseo: los sueños traumáticos que recién serán incluidos como una falla a la función del sueño gobernado por la compulsión a la repetición. Más allá de esta excepción producto de un descubrimiento que llevara a reformular buena parte de su obra, incluida la llamada primera tópica hasta aquí, Freud no observa ninguna excepción a la vigencia del principio del placer como rector principal del funcionamiento del psiquismo.

El deseo ingresa en la obra de Freud casi como un anticipo del concepto de pulsión y a medida que éste va ganando terreno lo va perdiendo el deseo, de hecho el sitio donde aparece más claramente señalado es en “La interpretación...”, en 1900 y bastante menos en “Psicopatología de la vida cotidiana” de 1901 (no incluimos aquí el “Proyecto de psicología para neurólogos” por ser anterior y por no considerarlo Freud, parte de su obra) ambos anteriores a los “Tres ensayos de una teoría sexual” de 1905.

El concepto de pulsión tiene la virtud, de señalar un origen corporal, razón por la cual Lacan señala sin vacilar que la pulsión es el teatro en el cual se representa el drama del deseo.

Recordemos que para Freud el interior del cuerpo es la genuina fuente de libido a lo largo de toda su obra, desde los “Tres ensayos...” hasta el “Esquema de psicoanálisis”. No habría entonces en Freud una teoría del deseo, sino que su lugar estuvo ocupado por aquello que llamará su grandioso mito. Las pulsiones, ellas como concepto y en tanto vinculadas al cuerpo seguramente aparecieron a sus ojos más específicas y precisas que el de deseo.

Por esto quedaron puntos incompletos en su monumental obra. Es en esos puntos donde la teoría del deseo articulada por Lacan rearma el conjunto de los textos freudianos provocando un desplazamiento y retoma la dimensión esencial de la misma poniéndola otra vez sobre su eje. Trabajo de rectificación de ese olvido tan bien señalado por Michel Foucault que haciendo imprescindible el retorno vincula de manera inseparable el nombre del autor a su obra creando una unidad indiscernible.

Lectura de Lacan, violencia simbólica sobre la textualidad freudiana en un punto difuso que sólo es posible reconstruir a partir de los fragmentos y repeticiones en el texto original (tal como sucede en la práctica con los relatos analizantes) que sitúan el deseo como resultado de una operación entre el sujeto y el Otro primordial y la pulsión como el montaje heteróclito, hecho de cosas disímiles recortadas en ese encuentro donde él se constituye.

Hallazgo de Lacan en la excavación de Freud para ubicarnos en la metáfora conque comenzábamos.

La respuesta que Freud alcanza a develar con respecto al deseo, es sobre su naturaleza psíquica. ¿Por qué es la única moción que el inconciente puede aportar para la formación del sueño?. ¿Por que de él no podrían provenir ni refutaciones, ni juicios, ni preocupaciones (como la del sueño que comentábamos)?. Son los interrogantes que Freud contestará adelantándose a cualquier posible objeción, como es frecuente en sus argumentaciones.

El planteo es claro y terminante: cualquier otro tipo de operación psíquica, que no sea desear sólo encuentra cabida en el material del sueño en tanto resto diurno, y lo hacen si consiguen enlazarse al deseo inconciente por algún rasgo común con él. El sueño es producido por el refuerzo que recibe de ese otro componente. Ninguna otra operación del alma de la que nos hemos desembarazado durante el día sin demasiada dificultad podría aportar el empuje necesario para hacer funcionar el aparato psíquico como es necesario que lo haga para producir el sueño. Sólo el desear reúne el capital indispensable para poner en marcha la maquinaria del sueño.

Ello es así porque el desear es la forma inicial del funcionamiento psíquico y el inconciente la conservación de esa actividad primordial, la forma básica, “primaria” sobre la que luego se irá trazando todo el movimiento del pensar, como actividad “secundaria”.

Buscando ilustrar introduce una mítica vivencia de satisfacción que sería el modelo de como se establece esa genuina actividad del inconciente. Una experiencia que produce, en la satisfacción de la necesidad alimentaria del lactante por medio de la asistencia ajena, la inscripción en la memoria de un par de huellas mnémicas asociadas entre sí: la huella del estado de necesidad y la de la satisfacción obtenida quedarán ligadas, a partir de aquí, para siempre. De modo tal que ante el nuevo

surgimiento de la necesidad, la excitación que produce ese apremio de la vida urgido por el principio del placer encontrará en su camino a la descarga la huella de aquella satisfacción provocando una alucinación.

Es ese movimiento intentando investir la huella de una satisfacción pretérita lo que Freud llamará deseo, que a partir de esta experiencia comienza a desplazarse en una órbita que ya no es más la de necesidades y organismos.

Esa distancia a recorrer que queda marcada entre dos huellas, deja entre paréntesis, en la definición del deseo, su satisfacción. Más aun, la posibilidad de alcanzarla se presentará como un anti-deseo, ya que para Freud el deseo es ese intento, ese empuje que describe y no su logro, el sólo hecho de que el mismo sea realizado durante el dormir excluye el requisito de cualquier satisfacción “real”: “A una corriente, de esa índole producida dentro del aparato (psíquico), que arranca en el displacer y apunta al placer, la llamamos deseo”, escribe en “La interpretación de los sueños”.

Entonces ese sueño enigmático que recordábamos al principio, realiza el deseo, como todos, pero en el punto más incómodo; en el más cruel y el más horroroso, pero también el de su surgimiento, el de la falta de objeto aquí por su pérdida irreparable: la muerte del hijo. La falta se representa en este hijo perdido, en ese objeto donde Freud escribirá catorce años después que allí se reconoce la última esperanza del Narcisismo de los padres cuando las admoniciones de la vida han forzado su renuncia en el propio yo.

No es en la presencia del hijo, en haberle estirado la vida unos segundos más donde este sueño realiza el deseo inconciente, sino en esa frase lastimera e inexplicable en principio, que presentifica la pérdida original en la que el deseo se experimenta.

El reproche del niño Laurent, Eric. (1994) Entre transferencia y repetición – Bs As - Ed Anáfora

es todo el dolor, toda la desesperación en que es vivido el deseo porque la falta en que se causa sacude la modorra del yo-placer arropado con sus objetos, su cara no es la sonrisa de la satisfacción, sino la desesperación de su pérdida irreversible.

Ese es el llamado de una voz de niño que despierta, recriminación agónica que profundiza la impotencia del padre ante lo que no tendrá remedio.

¿Padre, acaso no ves que estoy ardiendo? Con esta pregunta la ilusión de hijo, del padre, se derrumba, ilusión que se recorta sobre el fondo de una mirada paterna que se espera que proteja, que cure, que sobre todo vea. Pero el padre que no ve ha sido alcanzado por el deseo, no en lo que se podría imaginar que tiene de romántico, incluso de optimista, sino en su costado más desgraciado, el que tensa todo su ser en una búsqueda imposible que horada cualquier figura narcisista.

Padre reprochado por no haber podido hacer nada mientras su hijo se abrasaba, no bajo las llamas de un cirio caído, sino en las de una enfermedad ante la cual todas sus miradas fueron impotentes y nada pudo torcer el desenlace fatal. Así la vida se le va de las manos a quien es invocado en tanto Padre. Lacan señalara que aquí el deseo se realiza en el punto más cruel, allí donde la pérdida del objeto se vuelve irreparable. Muchos autores, Borges, han señalado la pérdida del hijo como la más terrible

que podemos imaginar.

Paradójicamente el deseo vive en tanto su objeto falta. Es necesario para hablar de deseo que el objeto esté por lo menos ausente. Que clase de ausencia es esta es lo que responderá Lacan al retomar los textos de Freud y darles un nuevo espesor, que si bien Freud no desconocía totalmente, tampoco es del todo justo decir que eso ya estaba en su obra.

En el modelo de la vivencia de satisfacción se produce un desfasaje entre huellas mnémicas por estar suspendida la satisfacción del auxilio ajeno, la madre. Por esto el deseo deja de circular entre necesidades y objetos adecuados para recorrer un circuito que a partir de allí encerrarán un nivel de imposibilidad.

Sí el principio del placer apunta a una identidad de percepción, su punto ciego es que al buscar repetir una presentación (del objeto) trabaja con representaciones.

El niño en el llamado sin saber que se hace oír, en ese acto, aliena su necesidad en lo que el Otro sancionará como pedido, como demanda. La falta orgánica de la que ha brotado genera en paralelo algo que eleva su respuesta a la potencia de imposibilidad real. El llanto adquiere, por la intromisión de la madre el estatuto de significante, se vuelve vehículo de un sentido a descifrar y la respuesta a ese sentido imprime, no lo que el niño necesita, sino lo que el Otro desea que él desee. Así en esta “vivencia” el niño pasa de la inmediatez del goce del Otro (el infierno como lo llamaba Ariel) al tiempo diferido del deseo y la pesadilla, aquello que Freud llamaba sueño de angustia es lo que permitirá el procesamiento de ese umbral.

La condición de tener que hacer pasar lo que Freud definía como necesidad y que con Lacan vemos más afinadamente como goce del Otro, ya que no hay tal necesidad en tanto el Otro esta encarnado por un sujeto que también ha perdido su necesidad, por los caminos de la demanda, por ese “molino significativo” le roba a ese goce su objeto, si es que alguna vez lo tuvo, para imponerle las leyes de una respuesta equívoca por estar sometida a las leyes del significante. Por esto las supuestas funciones vitales más simples de los animales se pueden encontrar tan profundamente alteradas en el hombre: Asma, suicidio, anorexia y transexualismo, son los nombres de los extremos más evidentes de este extravío.

No hay satisfacción universal a la demanda dirá Lacan tratando de capturar la dificultad que creo en el seno mismo del aparato psíquico un agujero en torno al cual se arremolinarán las representaciones que intentan representar aquello que ha producido al deseo como si fuese un objeto: “Digo – algo que solamente representa una representación. No crean que es un simple pleonasma, pues representa y representación son dos cosas diferentes como lo indica el término *vorstellungsrepräsentanz*. Se trata de lo que en el Inconciente representa como signo la representación como función de aprehensión – de la manera que se representa toda representación en la medida que evoca el bien que das Ding aporta con el “Lacan, J. El Seminario TVII - Ed. Paidós 1988 pag 90”.

La necesidad al tiempo que encontró en el pecho materno el primer objeto en que alienarse y en la vivencia de satisfacción las primeras huellas de una representación vacía, ha quedado pérdida para siempre. El deseo en cambio, pura negatividad, encontrará en los bordes del cuerpo de los que ha partido una fijeza cuyo disfraz apenas alcanzará a ocultar su constante retorno

Mas allá de la necesidad y más acá de la demanda se ubica esa grieta que lo simbólico ha trazado en la carne, su esencia es no poder ser colmada por ningún objeto demandable. Su ser está descentrado con respecto a todos ellos, y los intentos del Otro por responder a esa demanda con los objetos de necesidad tienen como resultado el aplastar su trayecto e implican la peor ignorancia en que se puede incurrir, la de esa dimensión de deseo que es el trasfondo de toda demanda, cuyos efectos Lacan sitúa.

El deseo entraña la paradoja de articularse a un pedido engañoso cuya respuesta linda con su muerte.

Esta paradoja del deseo es la que brillantemente ilustra Maurice Blanchot cuando analizando el mito de Orfeo y Eurídice interroga la desobediencia de Orfeo hacia la prohibición del Hades : No volverse hacia Eurídice no sería menos traicionar, ser infiel a la fuerza sin medida y sin prudencia de su movimiento que no quiere a Eurídice en su verdad diurna, y su encanto cotidiano, que la quiere en su oscuridad nocturna, en su alejamiento, con su cuerpo cerrado y su rostro sellado, que quiere verla no cuando es visible, sino cuando es invisible, y no como la intimidad de una vida familiar, sino como la extrañeza de lo que excluye toda intimidad, no hacerla vivir, sino tener en ella la plenitud de su muerte”. “El espacio literario” -Ed Paidós 1992 – pág. 162 (el subrayado es mío)

Y es en esa ausencia que el deseo supone donde habita el sujeto.

Esa dimensión Freud la conocía y por ello excluía con particular insistencia la satisfacción a las demandas de sus pacientes sobre todo las amorosas y Jones nos cuenta el altercado con Ferenczi con respecto a ese punto.

Ya en su trabajo “Sobre la mas generalizada degradación de la vida amorosa” observaba la existencia en la pulsión de algo que atentaba contra la posibilidad de una satisfacción plena, , además, que ello no era un obstáculo, un carácter extraño a la pulsión, sino su esencia. Una represión que no es la que más se conoce y que luego articulará en tres tiempos, sino otra más antigua y misteriosa que la “primordial”, ésta que Lacan permite ubicar en el punto mismo de la entrada del sujeto al lenguaje y que provoca esa falta en el ser que es el deseo, al tiempo que funda la pulsión en el psiquismo.

El sueño “del niño que se abrasa” entonces, nos parece ser un sueño paradigmático de la realización del deseo, en tanto que para la realización de cualquier deseo es imprescindible que haya pérdida, esta es la dimensión fundamental del deseo sobre la que nos ha advertido la enseñanza de Lacan.

## **Referencias**

Blanchot, Maurice. (1992) El espacio literario” -Barcelona -Ed Paidos

Borges, Jorge. (1980) Siete Noches- Buenos Aires – Ed Fondo de Cultura Económica

Foucault , Michel – (1993) Conjetural nro 7 – “Que es un autor” – Bs. As –Editorial Sitio

Freud, Sigmund. (1979) “ Obras completas” Tomo V – Buenos Aires - Ed. Amorrortu –

Lacan, J. (1988) El Seminario TVII - Barcelona - Ed. Paidos

Lacan, Jacques. (1986) “El Seminario” T XI - Barcelona - Ed Paidos -

Lacan , Jacques. (1985) Escritos II - Del Trieb en Freud y del deseo del analista – Barcelona – ed Siglo XXI

Lacan, Jacques. (1985) Escritos II “La dirección de la cura” – Barcelona - Ed Siglo XXI

Laurent, Eric. (1994) Entre transferencia y repetición – Bs As - Ed Anáfora

Lopez Guerrero, Arturo – (1992) Conjetural n° 6 - “El concepto de experiencia de satisfacción y la teoría del deseo en Freud”  
- Bs As - ED Sitio